

¿AVANZAMOS EN IGUALDAD?

Recientemente se ha celebrado en Zaragoza un encuentro de mujeres -1.600- que viven en el mundo rural, que reclaman algo tan obvio como ser titulares o participes en las decisiones de las explotaciones agrarias en las que trabajan. En Julio de 2006 el Gobierno de Aragón, a través del Instituto Aragonés de Estadística, publicaba un trabajo riguroso sobre los datos básicos de las mujeres en nuestra comunidad autónoma, referidos a ese mismo año. Para quien esté interesado en conocer cuestiones como la educación, la renta y el salario, las actividades profesionales y otros aspectos relacionados con la situación presente de la mujer en nuestra tierra, es esta una obra de obligada consulta.

No voy a referirme pues, al análisis que se desprende de dichos datos, sino a tratar de explicar por qué, siendo la situación de las mujeres una preocupación social generalizada y siendo también prioritaria para los poderes públicos, venimos avanzando tan despacio en la práctica de la igualdad, aunque no en la legislación; en esta última hay que reconocer que el logro de la significación social de la mujer ha dado pasos de gigante, pero en el día a día, y en el cumplimiento real de lo que las leyes preveen estamos muy lejos todavía de la igualdad de oportunidades.

Es cierto que los planteamientos políticos avanzan más rápidamente cuando los grupos sociales afectados se movilizan y una de las cuestiones que retardan estos avances imprescindibles en nuestro país consiste en que el conjunto de la población femenina no es consciente todavía de la trascendencia que para la sociedad en general tiene vida familiar, social, igualdad con el hombre.

Venimos avanzando muy despacio en la práctica de la igualdad, aunque no en la legislación. En el día a día y en el cumplimiento real de lo que las leyes preveen estamos muy lejos todavía de la igualdad de oportunidades.

En 1989, el 9 de que caía el muro de Berlín, encuentro sobre el empleo rural, propiciado por la que yo representaba por Educación. Estrenábamos, democracia y Constitución, el acento, a través de las representadas en que la

a los círculos de toma de decisiones -en la familia, en los negocios, en la política- era cuestión acordada y prioritaria. Allí estaba también la pirenaica Josefina Loste, alcaldesa a la sazón de San Juan de Plan, luchadora histórica por el reconocimiento de la mujer en el mundo rural.

trascendencia que para la el que la mujer esté en la política y laboral en pie de

noviembre, el mismo día asistía yo en Atenas a un de la mujer en el mundo Red Iris de Bruselas, en la entonces al Ministerio de casi, los españoles, y parecía que Europa ponía instituciones allí

incorporación de la mujer

¿Cómo es que después de más de veinte años tengamos que seguir las mujeres y los hombres concienciados luchando por lo mismo y casi con los mismos argumentos?. La biología que nos ha hecho posibles como seres humanos, adjudicó a la mujer la pesada carga de ser la reproductora y conservadora de la especie y al hombre la tarea de alimentar y cuidar, aunque de otra manera, a la hembra y a sus crías. Ello conlleva actitudes y desarrollos diferentes para uno y otro sexo, pero parece que en tiempos tan avanzados como los nuestros, esta circunstancia no tendría que seguir condicionando y dificultando nuestras vidas.

En la misma línea sorprendente de que en la práctica avancemos tan despacio quiero referirme a que en el año 88, en un Seminario desarrollado en Madrid por el Instituto de la Mujer, presentaba yo una ponencia titulada “La formación profesional de la mujer en el marco de la reforma educativa”, porque creía entonces y creo ahora que, al hablar de igualdad, hay que comenzar todavía por hablar de los sistemas educativos de cada país.

Escribía yo entonces -¡Hace veinte años!- en aquella ponencia lo siguiente: *“Profundizando algo más en este ámbito de reflexión general, sabemos, desde una perspectiva histórica y sociológica, que las prácticas educativas que genera toda sociedad tienden a asegurar la tradición y la continuidad social y cultural; por ello se genera una fuerte contradicción cuando desde unos planteamientos de progreso -entendiendo por progreso no*

solamente la posibilidad de alcanzar cotas de bienestar, sino los avances para conseguir mayores cotas de justicia-, se aspira al mismo tiempo a que la escuela sea un instrumento de transformación social que sirva para paliar las desigualdades y no para perpetuarlas. Analizando igualmente cómo el sistema educativo opera en el concepto de la igualdad hombre/mujer, hay que añadir todavía otras dificultades; si parece demostrado que el acceso a los bienes de la cultura simbólica sólo se produce cuando el grupo receptor es capaz de obtenerlo por sí mismo, porque la escuela no es lo bastante explícita en la entrega de los códigos de dicha apropiación, y los individuos del grupo general no son conscientes de sus facultades -los que las tienen- ni de la falta de ellas -los que no las poseen-, la mujer en la escuela no es consciente, como grupo, de su falta de instrumentos para adquirir la igualdad.”

¿Cómo es que, desde entonces hayamos conseguido casi todo en legislación y tan poco en la práctica real de la vida?. ¿Cómo es que habiéndose incorporado la mujer masivamente al mundo laboral, todavía en un porcentaje muy elevado es la única en la familia que cuida mayoritaria y directamente de los hijos, de los mayores, de las labores del hogar, de las provisiones, de la alimentación, de la higiene, de la sanidad, de los procesos escolares, de las iniciativas de su entorno?. ¿Dónde están, qué hacen sus compañeros, sus maridos, sus padres en el mismo sentido?. Los hábitos sociales son más difíciles de cambiar que las leyes, que por ignorancia, por desidia o por oposición no se cumplen. Por ello hay que actuar, como decía, sobre todo, en la escuela.

La mujer en el Pirineo, en nuestros valles, que, además de todo lo enumerado ha atendido tradicionalmente a los animales y al huerto casero, ha padecido históricamente una marginación material y moral añadidas, habida cuenta de que con la tradición de “la casa” como unidad social y la herencia del hijo mayor, varón, por supuesto, “la joven” no tuvo hasta tiempos recientes capacidad alguna de decisión. El avance, todavía tímido, se va produciendo ahora, cuando los hombres jóvenes se han decidido a tratar a sus mujeres como iguales y también a sus madres, a sus hermanas y a sus hijas, aunque sólo sea porque, por fin, han descubierto que una cualquiera de ellas, puesta a una tarea, la desempeña igual o mejor que un hombre.

El avance, todavía tímido, se va produciendo ahora, cuando los hombres jóvenes se han decidido a tratar a sus mujeres como iguales y también a sus madres, a sus hermanas y a sus hijas, aunque sólo sea porque, por fin, han descubierto que una cualquiera de ellas, puesta a una tarea, la desempeña igual o mejor que un hombre.

A pesar de esos progresos, algunos atavismos persisten y sólo la cultura y la educación pueden combatirlos; la mujer montañesa es fuerte y resuelta, y las acciones institucionales que la apoyan van encaminadas a mantenerla en su lugar de origen, porque sin mujeres en edad fértil no hay continuidad en la población. Por una vez, el papel de reproductora favorece a la mujer y no pesa como una losa sobre su condición. Con todo, la emancipación sólo se produce en las sociedades avanzadas y el desafío del progreso del planeta pasa por que todas las niñas del mundo, todas sin excepción, puedan un día ser dueñas únicas de su destino.

ANGELA ABOS BALLARIN

(Benasque, H., 1-X-1934) Licenciada en Filología Románica por la Universidad de Salamanca (1956), ha ejercido como profesora de Lengua y Literatura en centros de la ciudad de Jaca (Centro Politécnico, INBAD e Instituto de Bachillerato) desde 1962 hasta 1983, momento en que pasa a ocupar cargos de responsabilidad en la Administración educativa. Militante del PSOE, fue la única mujer diputada en las Cortes Constituyentes de Aragón; ocupó el cargo de directora provincial del Ministerio de Educación en Huesca (1983-1986) y de subdirectora general-jefe del Servicio de Inspección Técnica del M.E.C. (1987-1989). Fue concejala del Ayuntamiento de Jaca desde 1991 hasta junio de 1994, consejera de Educación y Cultura (1994-1995) del Gobierno de Aragón presidido por José Marco y propuesta por éste para ser presidenta del Gobierno de Aragón. Diputada en las Cortes de Aragón en las legislaturas tercera y cuarta, fue portavoz del grupo socialista en la Comisión de Educación (1995-1999) y representante de las Cortes en el Consejo Social de la Universidad de Zaragoza, cuya Comisión de Relaciones Sociales presidió. En diciembre de 1999, el Ejecutivo aragonés la nombró presidenta del Consejo Social de la Universidad de Zaragoza. En el año 2007 es nombrada Consejera de Ciencia, Tecnología y Universidad.